

de los estafetas, nada habia preparado, faltaban caballos, y la rapacidad del judío, que no desprecia ningun medio de sacar dinero al viandante, nos agobiaba con ofrecimientos de servicios que, una vez pagados, no se realizaban. Por último, despues de pasar la noche en una llanura, en donde nos quedamos muchas veces atascados, se nos presentó la capital de la Nueva Rusia. Antes de ver la ciudad, experimentamos en nuestros rostros, acalorados por la fatiga la impresion del aire marino; y finalmente, al asomar el dia tomábamos posesion de una magnífica posada que lleva el nombre de Richelieu, y que por las atinadas ventajas de su hospitalidad, no es indigna de nombre tan memorable.

CAPITULO V.

ODESA.--COSTA MERIDIONAL DE LA CRIMEA.

El primer aspecto de Odesa es digno de la fama de esta grande ciudad; de suerte, que no podria hallarse mejor anuncio de la jóven y floreciente capital de la Nueva Rusia. Rodeada de esos inmensos páramos é interminables desiertos, se presenta como una tierra de promision, un oasis por largo tiempo deseado, y el viajero entra en su recinto con ese sentimiento de alegría que se experimenta al tocar el puerto despues de una navegacion azarosa.

Esta ciudad, que es de las mas estensas, cubre con sus barrios que cada dia se dilatan, una vasta meseta que se levanta vertical, y cuya formidable base se sumerge en el mar Negro. Desde lo alto de su escarpada costa Odesa domina una estensa bahía, cuyo azul sombrío contrasta con la palidez de

las costas inmediatas, que durante todo el verano, están ocultas entre torbellinos de polvo. El puerto abrigado de los vientos del Sud, pero mal defendido contra el desecante soplo del Este, está formado por tres muelles que lo dividen en otras tantas conchas. La una destinada á los buques en cuarentena, está defendida por las murallas del lazareto y por las baterías de su fuerte, y las otras admiten á libre práctica los buques, bien de la marina imperial, bien del comercio. El fondo de la bahía permite anclar á los navíos de mas alto bordo, que sin embargo corren mucho peligro cuando hay ráfagas del Este y mas aún del Sudeste. Esos terribles vientos lanzan á la bahía de Odesa impetuosas olas, contra las cuales no hay dique posible, y engendran tempestades que, engrosándose incesantemente, atraviesan todo el mar Negro en su diagonal mas estensa.

La ciudad de Odesa está trazada con regularidad como en general todas las de Rusia: está edificada con esmero, y los mejores edificios se levantan en los barrios inmediatos al mar; lo cual no es extraño, pues toda la parte de la ciudad cercana al agua es grande y atestigua la opulencia.

El largo y majestuoso terraplen que domina el mar, está rodeado de monumentos, fondas, y ca-

sas suntuosas; mas á fin de apreciar dignamente este rico conjunto, es menester entrar en Odesa por el puerto. Dijérase que esta reina del mar Negro ha reservado todas sus magnificencias para embellecer la playa adonde vienen á estrellarse las olas salidas de Asia. La meseta de que hemos hablado, tiene por lo menos ochenta piés de altura, recorre toda su estension un *voulevard*¹ cubierto de árboles jóvenes que se encorvan formando bóveda: en el centro de ese paseo, y en un semicírculo formado por hermosas casas, se levanta una estatua en bronce del duque de Richelieu, monumento de gratitud de la ciudad que tanto debe al genio creador de ese hombre. Del pié de esa estatua parte una escalera gigantesca, cuyos trabajos vimos ya muy adelantados: escalones de doscientos piés de anchura reunirán el grande terraplen al malecon inferior, y por debajo de esos escalones que estarán sostenidos por bóvedas de graduada altura y abiertas, circularán sin obstáculo los carros y los efectos que llaman hácia el puerto los trabajos y negocios de cada dia.

Si se recorre la ciudad despues de haber contemplado este magnífico sitio, solo por raros inter-

1 Todo el mundo conoce hoy la significacion de esta palabra francesa, que en rigor no puede traducirse, sino por calle muy anchá, plantada de árboles y guarnecida de lujosas tiendas.

valos se encuentra algun edificio que recuerde la grandeza del cuartel privilegiado: se cruzan en ángulo recto y atraviesan la ciudad de cabo á cabo muchas calles empedradas con esmero y adornadas con acacias. Entre muchas casas harto modestas para ocupar dignamente tan hermosas calles, llaman la atencion un teatro, magníficas iglesias, vastas plazas, bazares y algunos ricos establecimientos mercantiles.

La parte de vía pública reservada á la gente de á pié, es bastante ancha para que el paso sea libre aun en los puntos mas frecuentados mañana y tarde por los paseantes y la gente de comercio. El movimiento y la circulacion en ninguna parte son tantos como en la calle de Richelieu, que es la mas bella y populosa. Infinitas tiendas ostentan allí los variados productos de todos los paises de Europa, que se hacian bajo la proteccion del puerto franco de Odesa. Brillantes muestras, en que están representadas todas las lenguas europeas, atestiguan aquella libertad de comercio, causa de la riqueza de esa ciudad moderna. Surcan las calles numerosos droschkis, carruajes tan útiles como ligeros que atraviesan rápidamente las mas largas distancias. Odesa, observadora de los usos de los paises meridionales de Europa, dedica la mañana á los nego-

cios, y al reposo las horas del medio del dia. Esta costumbre, exigida al parecer por el ardor del clima, da á la ciudad un aspecto triste y abandonado durante gran parte del dia; mas hácia la noche comienza otra vez la vida exterior; el teatro está frecuentado y llenos los cafés y las sociedades de toda especie. Aquí los nobles, mas allá los comerciantes, los turcos, los armenios y hasta los judíos, cada clase tiene su punto de reunion, y en cada uno de estos asilos destinados á las conversaciones indiferentes, la larga pipa oriental envuelve á la asamblea en sus aromáticas nubes.

Desde ese dia Odesa fué nuestro cuartel general, y punto de partida y de cita para las lejanas escursiones que íbamos á emprender en esos curiosos paises. Nos aguardaban y por esto fuimos recibidos con la mayor finura por todas las personas á quienes nos dejó recomendados el gobernador general conde de Woronzof.

Debiendo trasladarse con alguna premura á la Crimea, salió de Odesa dos dias antes de nuestra llegada, mas no sin dejarnos, con la invitacion mas apremiante, todas las noticias necesarias para que fuésemos á reunirnos con él lo mas pronto posible. Por lo tanto teniamos muy vivos deseos de trasladarnos á esa corte meridional de la Crimea, que se-

gun nos decian, es un lugar de delicias, en donde el ejemplo del noble y rico gobernador de esas provincias ha levantado en pocos años las mas elegantes quintas que pueden imaginarse. Gracias á ese laudable impulso, los ricos habitantes de Odesa van todos los años á pasar el verano bajo un cielo templado, en medio de las ricas aguas, de la sombra y de los majestuosos sitios de la antigua Taurida. Odesa, espuesta sin abrigo á los vientos del mar, privada de verdor y frescura, apenas asoma el verano, hace sumamente apetecibles los lugares sombríos de la campiña. El ardiente polvo que los vientos levantan, invade el interior de las casas, y es inútil que para ponerse algun tanto al abrigo de ese desecador clima algunos habitantes se retiren á las propiedades cercanas á la ciudad, conocidas con el nombre de Khutors, y rodeadas de copiosos árboles; la sequedad no perdona esos recientes bosques artificiales, la tierra arcillosa se hiende al pié de los árboles y toma la consistencia de la piedra, hasta el punto que á duras penas alguna sombra enfermiza acompaña esa vegetacion con que han cubierto el suelo. ¡Cuánto placer no debe experimentar, pues, el que se refugia bajo los árboles seculares y frescos de la Crimea, y oye el rumor de las cristalinas cascadas, y contempla esos grandes

paisajes que no se desdeñaria la Italia! Esto nos repetian diariamente, y todos nos parecieron tan entusiastas por esa bella Taurida, estaba todo el mundo tan atareado para marcharse, que tambien nosotros determinamos acceder sin retardo á las apremiantes invitaciones del conde Woronzoff. Precisamente el buque de vapor debia partir el 10 de Agosto y trasportar á Yalta la flor de los habitantes de Odesa.

Mientras tanto cada uno de nosotros se dedicaba á los trabajos é investigaciones de interes científico, objeto de nuestro viaje. Mis compañeros, fieles á sus estudios, interrogaban la naturaleza del suelo que sostiene la grande ciudad, ocupábanse de justificar la riqueza zoológica del pais, é iban acá y acullá recogiendo las pocas especies que el sol no habia secado todavía entre la flora de aquella tierra. Raffet enriquecia su cartera con todas las escenas que una poblacion tan vária ofrecia á su vista. En las hojas de su album ya muy provisto, estaban bosquejados judíos, karaims, moldavos, turcos, rusos de la pequeña y de la antigua Rusia, y otros tipos tan pintorescos como estos. Por mi parte reunia algunas notas acerca del pais y de la ciudad cuya historia es tan reciente, que echando una mirada atras pueden todavía encontrarse una á una sus

faces de acrecentamiento. Estudio además necesario para quien desee comprender las causas que han levantado á Odesa á un punto de prosperidad tan rápido, que tiene pasmada á Europa. Adivinar de qué manera ese nuevo imperio ha sabido aprovechar todas sus circunstancias favorables, y anteponiéndose al porvenir, apreciar el destino de esta hermosa colonia, llamada ya la Marsella del mar Negro, pues en efecto tiene no pocos puntos de comparación con esa antigua colonia de los Fócidos; tal fué desde luego el objeto de mis especiales estudios.

Encima del promontorio en donde se levantan hoy la fortaleza y los edificios de uno de los más hermosos lazaretos de Europa, se veía pocos años antes de este siglo, una plaza fuerte turca que dominaba el mar y el desierto: llamábase la plaza Hadji-Bey, y un bajá, enviado por la Puerta, gobernaba esa bicoca, colocada como un nido de paviotas, sobre el árida playa. Por esa época, Potemkin estendía sus conquistas por toda la comarca llamada hoy nueva Rusia. Ese príncipe mandó al almirante Rivas que se apoderase de la fortaleza turca, la cual no tardó en estar bajo el dominio del vencedor; y como á poco tiempo la grande emperatriz Catalina II hubiese concebido el proyecto de levantar fortalezas en las nuevas fronteras de su imperio, Hadji-

Bey fué señalada para entrar en esa línea de defensa, entre Ovidiopol que debía guardar las bocas del Danubio, y Tiraspol que vigilaba el curso del Dniester; y en 1794 levantábanse simultáneamente las tres fortalezas, y la ciudadela de Odesa se alzaba sobre las ruinas del viejo castillo musulmán de Adji-Bey. Apenas había trascurrido un año, cuando crecido número de colonos, atraídos por la posición favorable del lugar, y tranquilizados por la protección de las murallas, habían trazado una ciudad, ó por mejor decir, un campamento de comerciantes en la misma mesa donde hoy se estiende Odesa. El almirante Rivas, gobernador del nuevo establecimiento, supo inspirar á esos atrevidos comerciantes, la confianza necesaria para empeñarlos á fijarse en este sitio, no como transeúntes, sino como indígenas que abren casa. De este modo fué el primer fundador de una ciudad que reconoce por principales autores de su grandeza á tres extranjeros: memorable ejemplo de las sábias y hospitalarias intenciones de un gobierno bastante fuerte para sacar provecho hasta de los hombres de talento que la Europa le envía como desterrados.

D. José de Rivas, cuyo nombre es inseparable de los de Richelieu y de Langaron, era hijo de Nápoles, y las circunstancias políticas que arrancaron

de ese lugar á tantos hombres y tantas cosas, lo llevaron á Rusia: en 1769 entró en la armada imperial, en la que se habia distinguido mucho y alcanzado el grado de almirante, cuando le eligieron para dar una capital á ese nuevo imperio, debido á una conquista. Honrado con ese encargo, D. José desplegó todos los recursos de su carácter, tan activo como prudente; y al cabo de un año la nueva ciudad contaba ya en sus alineadas cabañas 2,300 hombres y 1,600 mujeres, especuladores griegos, judíos y búlgaros, bajo la tutela de un estado mayor y de una guarnicion rusos. En aquel momento esa ciudad pidió un nombre á su soberana, y la emperatriz, cuya aficion á la historia y á los estudios serios es bien conocida, juzgó que era negocio bastante grave para consultarlo con la academia de San Petersburgo, porque su genio previó que no se trataba de un pueblo destinado á vegetar en la oscuridad sobre una playa enjuta, sino de un rico emporio de comercio, cuyo camino aprendieran muy luego los buques del Mediterráneo. Diósele, por tanto, el nombre de Odesa. Se encontró en la historia de las antiguas colonias griegas una ciudad llamada *Odyssosa* ú *Odyssos*¹ que habia existi-

¹ Ciudad de Ulises.

do no lejos de esas aguas; y la nueva colonia recibió la herencia de ese antiguo nombre encontrado en la poética historia de la guerra de Troya, escrita por el sumo poeta del mundo.

En 1796 constituyóse Odesa como un pueblo que comprende su dignidad y su fuerza. Ante todo hubo menester orden, y despues del orden comercio; y así fué que arreglada su policia, levantó la casa de contratacion ó Bolsa, y bien pronto el comercio fué el alma y el vínculo de ese pueblo nuevo compuesto de tan diversos elementos. En ese mismo año ya anclaron en Odesa ochenta y seis buques, y Rivas apresuraba con actividad muy grande la construccion de las obras necesarias para un establecimiento marítimo apropiado á la marina mercante.

En tales circunstancias, el imperio perdió su soberana, esa inmortal Catalina, á quien Voltaire, como legítimo intérprete de la admiracion de Europa, habia saludado con el nombre de *Grande hombre*. Empuñó las riendas del Estado el emperador Pablo; mas Odesa fué olvidada y su vuelo se detuvo por algun tiempo. Reemplazado Rivas por el contraalmirante Pustockin se marchó á Petersburgo y todo hizo creer que el emperador no pensaba, como su augusta madre, dar importancia al mar

Negro. A pesar de todo Odesa sufría, aunque no sin trabajo, las consecuencias del abandono en que se la dejaba; y á fines de 1797 su población era de 5.000 almas, distribuidas en 400 casas.

En ese pueblo, exclusivamente dedicado al comercio y al cambio, no se había hecho ningún esfuerzo para que produjera; no existía ninguna fábrica, ó por mejor decir, había una sola; y es un hecho muy notable en la infancia de un pueblo, cuya edad madura es tan próspera, que esa única manufactura satisfacía una necesidad indispensable en esa época, pues fabricaba polvos para empolverar el peinado.

Moria el siglo décimotercero en medio de amenazadoras tempestades, y la misma Odesa, nacida apenas, y que debiera considerarse al abrigo de esas borrascas, se resintió del terremoto que conmovió á la Europa. La ciudad aun no había hallado gracia ante los rigores del soberano, y la población resignada, se consolaba aguardando mejores días; y es muy agradable leer en la interesante obra, que sobre los primeros tiempos de esa historia acaba de escribir el distinguido literato Mr. Skalkofski, las respetuosas y perseverantes tentativas hechas por los vecinos, á fin de alcanzar los privilegios y las franquicias que eran objeto de sus

deseos. No se cansaban de hacer llegar á los piés del trono sus humildes y repetidas súplicas. Piden á la vez escudo de armas para la ciudad, inmunidades como las que disfrutaban Rival y Riga y la franquicia del puerto; y de todos esos favores solicitados con mucho empeño, no consiguieron sino el escudo de armas. Lo inauguraron, sin embargo, con gran pompa y con todas las demostraciones de sincero agradecimiento, sin perjuicio de renovar mas adelante sus antiguas demandas.

Ese pueblo, á fuer de verdadero comerciante cual es, imagina seducir por medio de un regalo, cosa rara entonces, segun parece, hasta á la majestad soberana, y envían á Petersburgo un mensajero que presenta al emperador á título de homenaje de sus fieles súbditos de Odesa, las tres mil naranjas mas hermosas que pudieron encontrarse. El regalo es bien recibido, el emperador se muestra muy satisfecho; mas al momento se presentan las peticiones de monopolio y puerto franco, y Odesa las vuelve á recibir rasgadas con la calificación de absurdos por toda respuesta.

Vino, finalmente el día, en que los continuos esfuerzos de esa ciudad naciente, fueron coronados con un éxito dichoso. El príncipe Gagarin, presidente del colegio de comercio, segun se llamaba